

***Informe del Consejo General de la Primera
Internacional (AIT) al IV Congreso de la Asociación
Internacional de Trabajadores (Congreso de Basilea)***
Celebrado en Basilea del 5 al 12 de septiembre de 1869
**Firmado el 1 de septiembre, presentado en la tercera sesión pública, celebrada
el 7 de septiembre**
Redactado por Carlos Marx

(Tomado de R. Dangeville (edit.), Marx y Engels, *El sindicalismo*, Tomo 1, Editorial Laia – Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 1976, páginas 186-206; también para las notas. Este informe lo elaboró Marx y lo publicó en *Vorbote*, “Zentralorgan der Sektionsgruppe deutscher Sprache der Internationalen Arbeiter Assoziation”, número 9, septiembre de 1869.)

Los delegados de las diversas secciones os darán cuenta detallada de los progresos de nuestra Asociación en sus países respectivos. El informe de vuestro Consejo General se refiere esencialmente a la guerra de guerrillas entre capital y trabajo, es decir, a las huelgas que han agitado el continente europeo durante el año que acaba de transcurrir, y de las que se pretende que no han nacido ni de la miseria de los obreros ni del despotismo de los capitalistas, sino de las intrigas urdidas por nuestra Asociación.

Algunas semanas después de la celebración de nuestro último Congreso¹, estalló una huelga memorable en Basilea entre los cinteros y tintoreros de la seda. Esta ciudad ha conservado hasta nuestros días no pocos de los rasgos de una villa medieval, con sus tradiciones locales, sus prejuicios anticuados y mezquinos, sus patricios de miras estrechas, y su relación patriarcal entre patronos y obreros. Hace apenas unos años, un fabricante de Basilea se jactaba, en presencia de un secretario de embajada inglés, de que “la posición respectiva entre el amo y sus dependientes es mucho más favorable aquí que en Inglaterra”, que “en Suiza a un obrero que abandona a su buen amo por un salario más elevado lo desprecian sus propios compañeros”, y que “nuestra ventaja con relación a Inglaterra estriba sobre todo en que la jornada laboral es más larga y los salarios más moderados”. Tal como se ve, el régimen patriarcal, en su forma modificada por el influjo moderno, consiste en que el obrero se sienta como un vasallo de la época feudal y trabaje con la dureza de un esclavo asalariado moderno.

Se puede juzgar, además, este patriarcalismo por una encuesta suiza oficial sobre la ocupación de los niños en las fábricas y el estado de las escuelas públicas elementales. Se deduce que “la atmósfera de las escuelas de Basilea es la más irrespirable del mundo, que si el gas carbónico no representa más que 4 volúmenes sobre 10.000 al aire libre, y no debe superar los 10 volúmenes sobre 100.00 en los locales cerrados, alcanza de 20 a 81 por la mañana, y de 53 a 94 por la tarde en las escuelas ordinarias de Basilea.” A este propósito el señor. Thurneisen, miembro del Gran Consejo de Basilea, indicaba sin consideración alguna: “No os dejéis intimidar. Los padres han ido a la escuela en locales tan malos como a los que van sus hijos ahora, y siguen viviendo.”

¹ Ver materiales del Congreso de Bruselas, septiembre de 1868, en esta misma serie de las Edicions Internacionals Sedov.

Se comprenderá inmediatamente que una revuelta económica por parte de los obreros de Basilea marque una época en la historia social de Suiza. Nada más característico que el punto de partida de este movimiento. Conforme a una costumbre ancestral, los obreros de Basilea gozan de un cuarto de jornada de descanso, el último día de la feria de otoño. Pero cuando el 9 de noviembre de 1868 los obreros de la fábrica de cintas Debary e hijo pidieron que se les concediera como de costumbre, uno de los patronos de la fábrica les declaró en tono seco y con aire imperativo que: “Quien se vaya y no continúe inmediatamente en su trabajo quedará despedido definitivamente.”

Tras vanas protestas, de los 172 tejedores 104 abandonaron la fábrica sin creer no obstante en un despido definitivo, aunque sólo fuese porque una vez suscrito el contrato se exigía un plazo de preaviso mutuo de quince días. A su vuelta al trabajo, a la mañana del día siguiente, hallaron la fábrica cercada por la policía que prohibió el acceso a los rebeldes. Hasta los tejedores que no habían tomado parte en el descanso de un cuarto de jornada, se negaron a entrar en la fábrica. La consigna general fue: “¡Todos o ninguno!”

Privados ya de su sustento, los tejedores fueron expulsados luego de sus alojamientos, que les alquilaban los fabricantes. Éstos enviaron rápidamente circulares a los carniceros, panaderos y tenderos, pidiéndoles que retirasen todo crédito a los rebeldes para la compra de productos alimenticios. La lucha así entablada duró desde el 9 de noviembre de 1868 hasta la primavera de 1869. Los límites de nuestro informe no nos permiten entrar en más detalles, pero con lo dicho basta. El movimiento nació de un acto tan frívolo como odioso del sátrapa capitalista, de un cruel lock-out, y condujo a huelgas, interrumpidas de cuando en cuando por compromisos violados continuamente por los patronos, que culminaron en la vana tentativa del todopoderoso Gran Consejo de Basilea de intimidar a los obreros con medidas militares y una especie de estado de sitio. Durante este levantamiento, los obreros fueron sostenidos por la Asociación Internacional de Trabajadores. En opinión de los patronos, esta Asociación había hecho pasar de contrabando a la vieja y respetable ciudad imperial de Basilea el espíritu de la rebelión moderna. Razón por la cual su objetivo fue a partir de entonces el de expulsar de Basilea a estos enojosos invasores. Intentaron imponer como condición de paz a sus súbditos que abandonaran la Asociación. Mas en vano. Como en general sacaron la peor parte en su guerra contra la Internacional, manifestaron su mal humor mediante extrañas tomas de posición. Estos republicanos, propietarios de grandes fábricas en la ciudad fronteriza de Baden, Lörrach, muy próxima a Basilea, incitaron al magistrado de esta localidad a disolver nuestra sección, medida que fue no obstante inmediatamente revocada por el gobierno de Baden.

Cuando la *Gaceta General* de Augsburgo se permitió informar al público sin tomar partido de los acontecimientos de Basilea, nuestros “respetables” fabricantes amenazaron en cartas demenciales con suspender su abono. Enviaron a Londres un emisario encargado de la absurda misión de medir el volumen de la caja en donde el Consejo general guardaba su dinero. Si estos buenos cristianos ortodoxos hubieran vivido en los primeros tiempos de cristianismo, hubieran hecho espionar al apóstol Pablo cuando se hallaba en Roma, para saber de qué créditos bancarios podía disponer.

Sus procedimientos torpes y bárbaros les valieron de parte de sus colegas capitalistas de Ginebra algunos sermones irónicos sobre conocimientos de la vida. Algunos meses más tarde, los pequeños burgueses de Basilea tuvieron la satisfacción de devolver con intereses la moneda a los expertos burgueses de Ginebra.

En efecto, en el mes de marzo, dos huelgas estallaron en Ginebra entre los obreros de la construcción y los linotipistas, cuyas dos asociaciones forman parte de la Internacional. La huelga de los trabajadores de la construcción la provocaron los patronos que violaron el contrato suscrito solemnemente con sus obreros el año anterior. La huelga

de los linotipistas era el argumento último de unas antiguas diferencias de hacía diez años, que los obreros habían intentado resolver en vano, recurriendo a cinco comisiones de conciliación sucesivas.

Del mismo modo que en Basilea, los patronos transformaron al punto su querrela privada con los obreros en una cruzada del poder del estado contra la Asociación Internacional de Trabajadores.

El Consejo de Estado ginebrino utilizó a sus lacayos policías para recibir en el andén de las estaciones a los trabajadores importados del extranjero por los patronos, y para evitar todo contacto de ellos con los huelguistas. Permitió a la juventud dorada de Ginebra, armada de revólveres, agredir a los obreros y obreras en las calles y otros sitios públicos, y lanzó a sus golfos policías contra los obreros en diversas ocasiones, en especial el 24 de mayo, cuando en Ginebra se reprodujeron a una escala ciertamente más reducida las escenas parisinas que condenara Raspail como *les orgies infernales des casse-tête*². Reunidos en asamblea pública, los obreros ginebrinos prepararon una memoria dirigida al Consejo de Estado, en la que reclamaban una encuesta sobre las orgías infernales de la policía, pero el Consejo de Estado rechazó tajantemente su petición. Se tenía la intención manifiesta de empujar a los obreros ginebrinos a un motín al objeto de aplastarlos por la fuerza, de barrer la Internacional de suelo suizo, y de someter a los proletarios a un régimen análogo al que se instauró en diciembre en Francia. El plan fracasó gracias a las enérgicas medidas y a la influencia moderadora de nuestro comité federal suizo. Los patronos hubieron de ceder finalmente.

Escuchad algunas de las invectivas que dirigían los capitalistas ginebrinos y su pandilla de la prensa contra la Internacional. En las reuniones públicas, lanzaron un manifiesto al Consejo de Estado en el que se lee concretamente: “Se arruina el cantón de Ginebra con decretos procedentes de Londres y de París; se quiere avasallar todo trabajo y toda industria.” Y una hoja suiza escribe que los jefes de la Internacional eran “agentes secretos del emperador Napoleón, que, llegado el momento, se erigirán en acusadores públicos de nuestra pequeña Suiza”.

Y todo esto lo dicen estos mismos señores que acaban de mostrar que se esfuerzan llenos de celo por trasplantar el régimen de diciembre a suelo suizo, estos mismos agentes de las finanzas que avasallan Ginebra y las demás ciudades suizas y de los que toda Europa sabe que tales ciudadanos de la república suiza hace ya tiempo que se transformaron en agentes a sueldo del crédito mobiliario bonapartista y de otras asociaciones internacionales del timo.

Las matanzas de obreros con las que el gobierno belga respondió durante el mes de abril a la huelga de los pudeladores del Seraing³ y de los mineros del Borinage, fueron denunciadas con energía en *un manifiesto del Consejo General a los obreros de Europa y de los Estados Unidos*⁴. Consideramos que este manifiesto es tanto más urgente cuanto que dentro de este estado constitucional modelo, las matanzas de obreros no son producto del azar, sino que constituyen una verdadera institución.

Al horrible drama militar siguió inmediatamente una farsa judicial. Durante la encuesta contra los miembros de nuestro comité general belga en Bruselas, cuyos

² En francés en el texto. Esta connivencia, secreta o confesada, entre la policía oficial y las bandas contrarrevolucionarias no ha hecho más que desarrollarse después. En otro campo, si bien más terrible todavía, la historia del oportunismo ha confirmado este espantoso pronóstico: “La burguesía es incapaz de dominar la nación política y socialmente, sin el apoyo de la clase obrera. De ahí la necesidad, bien comprendida por Lenin, por ejemplo, de comenzar la lucha contra la burguesía en el seno de la propia clase obrera, contra los elementos amarillos o rosas.

³ Ver en estas mismas Edicions Internacionals Sedov: *Escrito del Consejo General Belga a los obreros de Seraing y alrededores*.

⁴ En estas mismas Edicions Internacionals Sedov: *¡A los obreros de Europa y los Estados Unidos!*

domicilios fueron brutalmente invadidos, se detuvo a varios de los nuestros. El juez de instrucción halló una carta de un obrero donde se hablaba de “500 Internacional”, y concluyó en seguida que había pedido 500 alborotadores de refuerzo para los lugares de combate. Pues bien, estos “500 Internacional”, no eran más que 500 ejemplares de *L’Internationale*, órgano semanal del comité de Bruselas. Husmea a continuación un telegrama enviado a París para pedir una cierta cantidad de polvos. Tras largas pesquisas, se descubre la peligrosa sustancia en Bruselas: se trataba de matarratas.

Finalmente, la policía belga se jacta de haberse apoderado de este espectro de tesoro que atormenta el ánimo de los capitalistas del continente, y cuya sede principal se hallaría en Londres, desde donde se envían continuamente por mar los paquetes con dirección a todas las sedes centrales de nuestras secciones. El pesquisidor oficial belga lo cree oculto en una caja de hierro que se halla en un oscuro sótano de Bruselas. Sus hombres que son de armas tomar se precipitan sobre la caja, la despanzurran y hallan... unas cuantas bolas de carbón. Quizás al contacto con la mano policíaca, este carbón se transforma inmediatamente en puro oro internacional.

Entre las huelgas que estallaron en diciembre de 1868 en los diversos centros de la industria algodonera francesa, la más importante fue la de Sotteville-lès-Rouen. Los fabricantes del departamento de la Somme se habían reunido poco antes en Amiens para discutir sobre la manera de vender en el mercado inglés sus productos más baratos que sus rivales ingleses. Se habían puesto de acuerdo en constatar que además de los derechos de aduana fueron sobre todo los bajos salarios los que había protegido a Francia de los productos algodonero ingleses. Concluyeron con toda naturalidad que una reducción del salario todavía mayor permitiría invadir Inglaterra de productos algodoneros franceses. No dudaron ni por un solo instante que los obreros franceses del algodón estarían orgullosos de pagar los gastos de la guerra de conquista que sus patriotas patronos habían decidido entablar al otro lado del canal de la Mancha.

Poco después se supo que los fabricantes de Rouen y alrededores, reunidos en cónclave secreto habían concluido el mismo acuerdo. Inmediatamente después, se produjo súbitamente una importante reducción salarial en Sottville-lès-Rouen, y fue entonces cuando los tejedores normandos se levantaron por primera vez contra las usurpaciones de capital y actuaron bajo el impulso del momento. Antes nunca habían constituido un sindicato, ni se habían preocupado de prever medios de resistencia de ningún tipo. No sabiendo qué hacer, apelaron comité internacional de Rouen, que les facilitó la primera ayuda indispensable de los obreros de Rouen, de ciudades próximas y de París.

El comité de Rouen se dirigió al Consejo General hacia finales de diciembre, en un momento en que los centros ingleses de la industria algodonera se hallaban en la miseria más negra, cuando reinaba un desamparo sin precedentes en Londres, y un estancamiento general se extendía a todas las ramas de la producción; estado de cosas que dura todavía hoy en Inglaterra.⁵

A pesar de estas circunstancias totalmente desfavorables, el Consejo General estimó que el carácter particular del conflicto de Rouen incitaría a los obreros ingleses a realizar un esfuerzo excepcional. En efecto, se presentaba la gran ocasión de demostrar a los capitalistas que su guerra industrial internacional, sostenida gracias a las reducciones de salario unas veces en un país y otras en otro, debía estrellarse finalmente contra la asociación internacional de la clase obrera. Los obreros ingleses respondieron al punto a nuestro llamamiento para una primera contribución a favor de Rouen, y el Consejo Central londinense de los sindicatos decidió de común acuerdo con nosotros convocar un

⁵ Ver en estas mismas Edicions Internacionals Sedov: *Resolución de solidaridad efectiva del Consejo General de la AIT con los huelguistas de Rouen (Francia)*.

mitin monstruo a favor de nuestros hermanos normandos. La noticia del cese brusco de la huelga de Sotteville impidió toda acción ulterior.

El fracaso material de esta revuelta económica quedó compensado con importantes resultados morales. Enroló a los obreros del algodón de Normandía en el ejército revolucionario del trabajo, dio impulso a la creación de sindicatos en Rouen, Elbeuf, Darnétal, etc., y acuñó de nuevo la alianza fraterna entre las clases obreras francesas e inglesas. Durante el invierno y la primavera de 1869, nuestra propaganda en Francia quedó paralizada por la represión que se abatió en 1868 sobre nuestro comité parisino, las trapisondas de la policía se multiplicaron en los departamentos y el interés se centró sobre todo en las elecciones generales.

Apenas pasaron éstas, estallaron numerosas huelgas en los distritos hulleros del Loire, en Lyon y en muchas otras localidades. Los cuadros idílicos totalmente imaginarios sobre la prosperidad de los obreros bajo el segundo imperio quedaron oscurecidos por los nubarrones de las duras realidades económicas que hicieron surgir bruscamente estas luchas entre capitalistas y obreros. Las reivindicaciones de los obreros eran tan modestas que era prácticamente imposible rechazarlas. De forma que hubieron de ser satisfechas tras algunas tentativas de resistencia, descaradas por demás. Nada había de notable en estas huelgas, salvo que estallaban de improviso una vez tras otra, con una rapidez inesperada, tras un período de calma más aparente. Durante las elecciones, los obreros se rebelaron con éxito contra su déspota público. ¿Qué más natural que se rebelen ahora contra sus déspotas privados?

Las elecciones pusieron los ánimos en efervescencia. Resulta completamente normal que la prensa del gobierno, pagada como está para falsificar los hechos, haya encontrado la clave para descifrar las consignas misteriosas del Consejo General de Londres que envía a sus emisarios de ciudad para enseñar a los obreros franceses, que hasta entonces eran perfectamente felices y se sentían satisfechos de su suerte, que es un mal asunto deslomarse en el trabajo, estar mal pagado y tratado con brutalidad. En su número del 3 de agosto, un órgano francés de la policía que aparece en Londres (el *International*) revela del modo siguiente al mundo el móvil secreto de nuestra nefasta actividad:

“Lo más notable es que se haya ordenado desencadenar huelgas en los países en donde la miseria estaba todavía lejos de hacerse sentir. Estas explosiones inesperadas fueron tan extraordinariamente oportunas para un cierto vecino de Francia que tenía razones bastantes para temer una guerra, que son muchas las personas que se preguntan si estas huelgas no han surgido a petición de un Maquiavelo extranjero, que ha sabido granjearse el favor de esta Asociación todopoderosa.” En el instante mismo en que este policía francés canallesco nos acusa de inquietar al gobierno francés con huelgas en su casa para descargar al conde Bismarck del peso de una guerra exterior, un periódico de fabricantes de la Prusia renana insinúa que quebrantamos la Federación de Alemania del Norte con huelgas que paralizan la industria alemana en beneficio de fabricantes extranjeros.

Dos casos muy característicos nos van a permitir esclarecer las relaciones que existen entre la Internacional y las huelgas francesas. Tanto en un caso (la huelga de Saint-Etienne como en el otro (la matanza consiguiente de Ricamarie) el gobierno francés no osará volver a hablar de ninguna intromisión de los internacionales.

En los acontecimientos de Lyon, no fue la Internacional la que arrojó a los obreros a la huelga, sino al revés, las huelgas las que arrojaron a los obreros en brazos de la Internacional.

Los obreros de las hulleras de Saint-Etienne, de Rive-de-Gier y de Fumery habían pedido con serenidad, pero con firmeza, a los directores de las compañías mineras una

revisión de las tarifas de salarios y una reducción de la jornada de trabajo que llegaba a las doce horas bien contadas de un duro trabajo realizado bajo tierra. Al no obtener ningún resultado en su tentativa de arreglo amistoso, anunciaron que irían a la huelga el 11 de julio.

Para ellos se trataba, como es natural, de la cuestión vital de *asegurarse la colaboración de sus camaradas que seguían trabajando*. Para impedir que estos últimos se sumaran también al movimiento huelguístico, los directores de las minas solicitaron y obtuvieron del prefecto del Loire un bosque de bayonetas. El 12 de junio los huelguistas se encontraron las hulleras fuertemente ocupadas por la tropa. Para asegurarse el celo de los soldados que el gobierno les prestaba, las compañías mineras pagaron a cada soldado un franco por cabeza. Los soldados, a cambio, hicieron prisioneros a sesenta mineros que trataron de sumarse a sus camaradas en los pozos.

A esos prisioneros, escoltados por 150 soldados del 4º regimiento de línea, se les condujo por la tarde de aquel mismo día a Saint-Etienne. Antes de que se descoyuntara la tropa de valientes guerreros, un ingeniero de la compañía Dorian distribuyó entre ellos 60 botellas de coñac y les insistió vivamente en que no quitaran ojo a los prisioneros. ¿No eran estos mineros unos salvajes, bárbaros, antiguos galeotes?

Este alcohol añadido al sermón sirvió de introducción al choque sangriento. Durante su marcha, seguidos por una muchedumbre de mineros acompañados de sus mujeres e hijos, se rodeó a los soldados en el instante en que iban a entrar en un corredor estrecho a las alturas de Moncel, barrio Ricamarie; la muchedumbre les pidió entonces que soltaran a los prisioneros; al recibir una negativa, se puso a lanzar una lluvia de piedras sobre los soldados que, sin pensarlo un momento, se pusieron a disparar al buen tuntún, matando a quince personas, entre ellas dos mujeres y un niño de pecho, e hiriendo a muchas más. Las torturas de los heridos fueron atroces. Entre ellas se contaba una pobre niña de 12 años, Jenny Petit, cuyo nombre sobrevivirá para siempre en el martirologio de la clase obrera. Le habían alcanzado dos balas en la espalda, una de las cuales se quedó hundida en la cadera, mientras que la otra le atravesó el costado, le rompió el brazo y le salió por el hombro derecho: “los *chassepots* habían hecho maravillas”.

Pero esta vez el gobierno descubrió inmediatamente que no sólo había cometido un delito, sino una falta, además. Y la clase media no le recibió como al salvador de la sociedad. El ayuntamiento de Saint-Etienne dio a conocer públicamente su desaprobación en documento en el que se acusaba a la soldadesca de inhumanidad y se reclamaba el traslado del regimiento a otra ciudad. La prensa francesa lanzó un grito de horror. Incluso los periódicos conservadores, como *Le Moniteur universel*, hicieron colectas para las víctimas. El gobierno tuvo que retirar de Saint-Etienne al deshonrado regimiento.

En estas difíciles condiciones en que se hallaba el gobierno, fue una idea luminosa la de sacrificar un chivo expiatorio en el altar de la desaprobación pública; y este chivo fue la Asociación Internacional de Trabajadores⁶. Cuando tuvieron lugar los debates de los tribunales contra los pretendidos instigadores, el acta de acusación los dividió en diez categorías, matizando muy depuradamente el grado de culpabilidad. La primera clase, la más penosa, estaba formada por cinco trabajadores acusados concretamente de premeditación, puesto que se afirmaba que habían recibido su consigna secreta del exterior, es decir, de la Internacional. Las pruebas eran, evidentemente, absolutamente irrefutables, como lo muestra la cita siguiente de *La Gazette des tribunaux*: “La declaración de los testigos no ha permitido esclarecer con precisión la participación de la Asociación Internacional.

⁶ Ver en estas mismas Ediciones Internacionales Sedov: *El Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores sobre la lucha de los mineros de Charleroi*.

Los testigos aseguran *simplemente* que a la cabeza de la banda había *desconocidos*, vestidos con blusas y gorras blancas. Pero ninguno de estos desconocidos ha sido detenido, *ni figura en el banco de los acusados*. A la pregunta, ¿Cree usted en la intervención de la Asociación Internacional? respondió el testigo: ‘Creo, pero no tengo absolutamente ninguna prueba de ello.’”

Después de la matanza de Ricamerie, se inauguró en Lyon la danza de las revueltas económicas por la sección del devanado de la seda, compuesta fundamentalmente por mujeres. En el curso de la misma hicieron un llamamiento a la Internacional, que gracias sobre todo a la acción de sus miembros en Francia y en Suiza, les permitió triunfar. A pesar de todas las tentativas de intimidación hechas por la policía, declararon públicamente que se adherían a nuestra Asociación, y entraron en ella formalmente abonando al Consejo General la cotización establecida. En Lyon, como antes en Rouen, las obreras han desempeñado un papel eminente con la mayor generosidad.

Otras ramas industriales de Lyon siguieron pronto el movimiento de las devanadoras, de manera que nuestra Asociación ganó en algunas semanas más de 10.000 adherentes de esta heroica población, que hace ya más de 30 años inscribía en la enseña del proletariado moderno su consigna: “Vivir trabajando o morir luchando.”

Mientras tanto, el gobierno francés proseguía sus miserables maniobras contra los internacionalistas. En Marsella prohibió que se reunieran nuestros miembros para escoger un delegado para el Congreso de Basilea. Repitió su mismo golpe en otras ciudades, pero los obreros del continente, como los demás, comienzan *por fin a darse cuenta de que se conquistan mejor sus derechos naturales cuando se los ejerce sin autorización, corriendo cada cual con sus riesgos*.

Los obreros de Austria, los de Viena en particular, ocupan ya las primeras filas, aunque no hayan entrado en el movimiento sino después de los acontecimientos de 1866. Se reunieron todos inmediatamente bajo la bandera del socialismo y de la Internacional en la que entraron en masa, gracias a sus delegados en el reciente Congreso de Eisenach.

Más que en ninguna parte, en Austria la clase burguesa liberal opone a la clase obrera sus instintos egoístas, su inferioridad intelectual y su mezquino resentimiento. Su poder, cuarteado por la constitución del Reich alemán, está amenazado por la lucha de razas y nacionalidades, sin que por ello deje de perseguir a los obreros, que son los únicos en proclamar la fraternidad de todas las razas y nacionalidades. La burguesía misma, que no debe su nueva posición a su bravura, sino únicamente a las desgracias que se han abatido sobre el ejército austríaco, es muy capaz, y esto lo sabe ella misma muy bien, de defender sus nuevas conquistas frente a los ataques de la dinastía, de la aristocracia y del clero. Y, sin embargo, esta burguesía se entrega a la tarea de despilfarrar sus pocas fuerzas en la miserable tentativa de privar a la clase obrera del derecho de coalición, de reunión pública, y de imprenta.

En Austria, como ocurre en los otros estados del continente, la Internacional ha venido a sustituir al *rojo espectro* de antaño. Cuando el día 13 de junio se improvisó una matanza de obreros a pequeña escala en Brünn, capital algodonera de Bohemia, se explicó el acontecimiento por las maniobras secretas de la Internacional, cuyos agentes se hallan, claro está, en posesión de una pantalla de humo que los vuelve invisibles. Cuando fueron llevados ante los tribunales ciertos jefes populares vieneses, el fiscal los estigmatizó como agentes del extranjero. Pero para demostrar que se basaba en un sólido expediente, incurrió en un pequeño error: confundió la *Liga burguesa para la paz y la libertad* de Berna con la *Internacional* proletaria.

Cuando el movimiento obrero prosiguió en la Austria cisleitana, se le persiguió descarada y desvergonzadamente en Hungría. El Consejo General dispone sobre este punto de informes muy dignos de confianza procedentes de Pest y de Presburgo. Nos

basta con un ejemplo para mostrar cómo tratan las autoridades a los obreros húngaros. El señor de Wenckheim, ministro del Interior del gobierno real húngaro, recibió en Viena a una delegación húngara. Desde hace varios meses los obreros de Presburgo carecen del derecho de celebrar reuniones, e incluso se les ha prohibido que organizaran una fiesta cuyos ingresos debían servir para la creación de una caja de enfermedad. Hace algunos días, una delegación de varios obreros de Presburgo, entre los que figuraba el célebre agitador Niemtzik, llegó a Viena para presentar sus quejas al ministro del interior. Costó mucho llegar hasta un señor de tan elevada posición, pero cuando la puerta de la oficina ministerial se abrió por fin, se recibió a los obreros de una forma contraria a todo decoro:

“¿Sois vosotros obreros? ¿Trabajáis con ahínco?” (preguntó el ministro, dando vueltas en su boca a un humeante cigarro.) “No tenéis que preocuparos de nada más. No necesitáis asociaciones, y si os metéis en política, sabremos haceros frente con los medios adecuados. No haré nada en absoluto por vosotros. ¡Poco importa que los obreros renieguen!”

A la pregunta de si todo dependía de la buena voluntad de las autoridades, respondió el ministro: “Bajo mi ministerio, sí.” Tras largas y vanas discusiones, los obreros abandonaron por fin el ministerio tras haber formulado la siguiente declaración: “Dado que las condiciones del estado son las que determinan la situación de los obreros, los obreros deben de ocuparse de política y lo harán.”

En Prusia y en el resto de Alemania, el año transcurrido se distinguió por la creación de sindicatos en todo el país. En el reciente Congreso de Eisenach, los delegados de más de 150.000 obreros de la Alemania propiamente dicha, de Austria y de Suiza, fundaron un nuevo partido socialdemócrata con un programa que hace suyos literalmente los principios directores de nuestra Asociación. Al prohibir la ley a sus secciones adherirse directamente a nuestra Asociación, se decidió requerir cartas de adhesión individuales al Consejo General.

Se formaron nuevas ramas en Nápoles, en España⁷ y en Holanda. En Barcelona y Ámsterdam aparecieron hojas semanales.

Los laureles del gobierno belga conseguidos en los gloriosos campos de batalla de Seraing y Frameries parecen quitar el sueño a nuestras grandes potencias. Por tanto, ¿por qué asombrarse de que Inglaterra pueda vanagloriarse este año también de la matanza de obreros? A los mineros galeses del

Leeswood Great Pit, próximo a Mold, en el Deubigshire, se les informó repentinamente de una reducción de salario, a través del director de la mina, que desde hace tiempo se comporta como un tirano incorregible y al que se odia en consecuencia. Los mineros congregaron a los trabajadores de las empresas vecinas, lo sacaron de su casa y trasladaron sus muebles hasta la próxima estación. En su candor infantil, los desdichados creyeron de este modo desembarazarse para siempre de él. El 28 de mayo, dos dirigentes fueron llevados ante el tribunal de Mold por la policía, y bajo escolta de una sección del cuarto regimiento, *the king own*. A lo largo del trayecto, un grupo de mineros trató de liberarlos. Habiendo chocado con la resistencia de la policía y de los soldados, los bombardearon a pedradas. Los soldados se pusieron a ametrallar a los mineros sin previo aviso. Murieron cinco personas, de entre ellas dos mujeres y un niño y hubo además muchos heridos. Existe, por de pronto, una gran analogía entre la matanza de Mold y la de Ricamarie, pero la cosa no va más allá. En Francia, los soldados sólo son responsables ante sus mandos mientras en Inglaterra tienen que pasar por el calvario de un *Coroner's jury*. El coronel era un anciano sordo y medio chocho al que había que verter los testimonios a través de una trompetilla. Además, el jurado galés era un jurado

⁷ Ver en estas mismas Edicions Internacionals Sedov: *Informe de los delegados del Centro Federal de Barcelona al Congreso de Basilea*.

de clase mezquino y lleno de prejuicios por lo que el asesinato fue calificado de “homicidio autorizado”. En Francia, los dirigentes cargaron con penas de cárcel que iban de los tres años a los 18 meses, siendo amnistiados inmediatamente después. En Inglaterra sufrieron condenas de 10 años de presidio bajo cadenas.

Esto provocó exclamaciones de cólera contra la tropa en toda la prensa francesa. En Inglaterra, la prensa sólo expresó murmullos de satisfacción a favor de la soldadesca y de reprobación por sus víctimas. Sin embargo, los obreros ingleses han salido ganando algo al perder una de sus mayores y más peligrosas ilusiones. Hasta el presente se creían protegidos al menos por la formalidad de la ley sobre motines y la subordinación de los militares a las autoridades civiles. Ahora ya saben un rato largo de lo que son estas cosas.

El señor Bruce, ministro liberal del interior, declaró a los Comunes que cualquier magistrado (el primer cura o cazador de perdices que se cuadre) puede recurrir a una descarga sobre la muchedumbre que se le antoje rebelde, sin que necesite leer antes los textos legales sobre motines. Los soldados pueden tirar además como quieran bajo pretexto de actuar en defensa propia. El ministro liberal sólo ha olvidado añadir que en estas circunstancias *cada cual tendría que ser armado a expensas del estado en defensa legítima contra los soldados*.

El 30 de agosto, el Congreso General de los sindicatos celebrado en Birmingham adoptó la resolución siguiente:

“Considerando que la organización local del trabajo ha pasado a un segundo plano ante la organización de carácter nacional; que la extensión del principio de libre cambio suscita una competencia creciente entre los capitalistas de manera que en esta carrera internacional por la ganancia los intereses de los obreros no se tienen en cuenta y se sacrifican; que la Asociación obrera tiene que ampliarse todavía más y hacerse internacional; considerando, por otro lado, que la Asociación Obrera Internacional tiene por objetivo la representación común de los intereses obreros y que los intereses de las clases obreras son *idénticos en todas partes*: este Congreso recomienda con toda el alma esta Asociación a los obreros del Reino Unido y, en especial, a los cuerpos de obreros organizados que le aporten su apoyo y se afilien a esta Asociación. El Congreso está igualmente convencido de que la realización de los principios de la Internacional conducirá a una paz duradera entre todas las naciones del planeta.”

La guerra amenazó con estallar este mes de mayo último entre los Estados Unidos e Inglaterra. Por consiguiente, vuestro Consejo General envió un Memorial al señor Sylvis, presidente de la National Labour Union americana, en el que se pedía a la clase obrera de los Estados Unidos que defendiera la paz frente a los aullidos belicosos de las clases dominantes.

⁸[La muerte repentina de Sylvis, este valiente campeón de nuestra causa, justificará que, como homenaje a su memoria, terminemos este informe con la respuesta a nuestra carta:

“Filadelfia, 26 de mayo de 1869

Vuestra carta del 12 del presente, conteniendo unas palabras tan amigables de nuestros hermanos obreros de la otra parte del océano; nuestra causa es común: es una guerra entre los pobres y los ricos. Por todas las partes el trabajo está en condiciones de inferioridad, por todas partes el capital es el mismo tirano: por esta razón yo digo que nuestra causa es común. Yo, en nombre del pueblo obrero de los Estados Unidos, os tiendo la mano derecha de la camaradería, y, pro vosotros, a todos los que representáis y a todos los hijos e hijas del trabajo, oprimidos y pisoteados. Seguid adelante en la buena obra que os habéis propuesto hasta que el más glorioso de los triunfos corone vuestros

⁸ Entre corchetes: tomado de J. Freymond (edit.), *La Primera Internacional (II)*, Zero – Zyx, Bilbao – Madrid, 1973, página 34.

esfuerzos. Esa es nuestra resolución. Nuestra última guerra ha tenido como resultado edificar la más infame aristocracia financiera de toda la Tierra. Este poder monetario chupa la sustancia del pueblo; nosotros le hemos declarado la guerra y pensamos conseguir la victoria. Intentaremos en primer lugar el sufragio, pero si hace falta recurriremos a medios más eficaces. Un pequeño desangramiento es a veces necesario en los casos desesperados.”

En nombre del Consejo General,
R. Applegarth, presidente de la sesión.
J. George Eccarius, secretario general.

Cowwell Stepney, tesorero.
Office, 256, Hig Holborn, W. C. Lonon,
Londres 1 de septiembre de 1869.

La lectura del informe fue interrumpida muchas veces por los aplausos.

Murat señala una inexactitud en el informe: la cuarta línea [4º regimiento de línea] no ha sido alejada de Saint-Etienne, como se ha dicho, después de la protesta y dimisión del Consejo Municipal. Además, el capitán Gausserand, que mandaba la tropa en la masacre de Ricamarie, ha sido condecorado el 15 de agosto.]

Edicions Internacionals Sedov
Serie Primera Internacional – Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es